

LA FAMILIA

PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1890

NÚM. 3



... así es que no tuve empacho en leerle la carta.

SUMARIO. — NUESTROS GRABADOS. — CARTA PARISIENSE, por *Ambrosina C.* — JORGE GORDON (LORD BYRON), por *Edgardo Burke.* — BIBLIOGRAFÍA ("Diccionario biográfico militar de Chile.") — CARTAS JAPONESAS (carta tercera), por *El Conde Tché.* — FOLLETÍN: EL NOVIO DE ELENA (continuación), por *Juana Lind.* — EL PANTALÓN DE PERICLES. — CIENCIAS, por *Tom Rey.* — MANUAL DE LA DUEÑA DE CASA (continuación), por *Emmeline Raymond.* — LA PALOMA Y LOS PICHONES (fábula), por *Belisario Guzmán Campos.* — AMERICANOS CÉLEBRES. — VARIEDADES. — ¿TE ACUERDAS?, por *F. Albelo.* — ECONOMÍA DOMÉSTICA. — BUZÓN DE "LA FAMILIA." — CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN.

NUESTROS GRABADOS

La lámina que adorna la portada de este número, representa un episodio del folletín que empezamos a publicar en el número anterior, titulado *El Novio de Elena.*

EL PANTALÓN DE PERICLES

Los dibujos de la historia humorística que, bajo aquel título, publicamos en otra página, han sido grabados expresamente para LA FAMILIA en la escuela especial, de Santiago, dirigida por el señor Lebe.

Nuestros lectores verán ahí una muestra del aprovechamiento de los alumnos, que conceptuamos muy satisfactoria. Cuando hayan llegado á dicha escuela todos los elementos de que definitivamente ha de constar, podrán ejecutarse en ella ilustraciones más delicadas y artísticas, de las cuales esperamos poder ofrecer algunas á los favorecedores de este periódico.

CELEBRIDADES AMERICANAS

La pequeña galería de retratos de celebridades americanas reproducida en otra sección, nos ha sido enviada por nuestro amable y excelente correspondiente en Nueva York, Mr. Cyrus Collender, de quien seguiremos recibiendo periódicamente las novedades literarias y artísticas de los Estados Unidos.

CARTA PARISIENSE

La *Juana de Arco*, de Widor, en el Hipódromo. — Poder é independencia de la música. — Los trajes blancos. — El crespón de China. — Algo sobre modas. — Un vestido. — Otra vez los galones. — Trajes de viaje. — Trajes masculinos. — La última invención de los grandes sastres.

París, 1.º de agosto de 1890

SEÑORA DIRECTORA DE "LA FAMILIA"

Mi querida amiga:

Widor, el autor de la *Korrigane*, ha obtenido un verdadero triunfo con su *Juana de Arco*. ¡Quién lo hubiera creído! Un drama musical en el Hipódromo! Y no sólo un drama, sino una epopeya nacional, cuya representación ha dejado á los espectadores encantados.

En fin, tenemos en París un circo olímpico, que nos va á consolar de la monotonía de la ópera. Ya principia á atraerse la simpatía de los conocedores ese compositor, que ha sabido buscar para su drama un cuadro verdaderamente digno de él. Efectivamente, ¿cuál de los teatros, á no ser el Hipódromo, podía representar grandiosamente á *Juana de Arco*, ese maravilloso asunto dramático que tan felizmente ha sido juzgado ya por Teófilo Gautier?

Y ¡qué partitura tan apropiada á la epopeya! Es verdad que pertenece no solamente á un compositor, sino también á un hombre de teatro, á un jinete de primera fuerza, á un caballero cumplido, capaz de escribir una bella obra á todo escape, de dirigir su ejecución, de hacerla ensayar él mismo, á caballo, y de imponerla como acto de autoridad á un público de aburridos y de mujeres elegantes.

Tres veces he visto *Juana de Arco* en el Hipódromo; primero, porque me ha entusiasmado mucho la música; en se-

guida, porque me atraían allá trajes sumamente nuevos por su originalidad y elegancia.

Te recomiendo *Juana de Arco* si por casualidad llega á Santiago una compañía capaz de representarla. No hay argumento en la pieza; la leyenda, ó mejor dicho la historia, es seguida paso á paso. La obertura es un verdadero quejido de la Francia en duelo; hay ahí una frase musical que se repite al ser conducida Juana á la hoguera y que se oye nuevamente en la apoteosis. Después, la paz del pueblo de Domremy, donde todavía no ha resonado el grito de guerra; una corta escena de campo, la piedad de Juana y la aparición.

En el segundo acto, el sitio de Orleans, un baile de carácter, el asalto dado por los ingleses. En el tercero, la plaza de Ruan, el tañido de las campanas, los preparativos, el cortejo de los penitentes y de los religiosos, el suplicio detallado en todo su horror: Juana, casi desvanecida en presencia del patíbulo, el punzante recuerdo de su pueblo, las voces que la llamaban al martirio. Después, el chisporroteo de las llamas, y de repente, surgiendo de sus oscuras nubes, el bronce euestre y triunfal, saludado por las bellas estrofas del señor Dorchain.

¿Qué te parece la sorpresa de esa tentativa de Widor? Nada de palabras, todo es pantomima. ¿Será éste el drama musical del porvenir? Debo decirte que difiere mucho de los pensamientos de Wagner. ¡Quién sabe! Los extremos se tocan...

El hecho es que en *Juana de Arco*, pantomima representada en el Hipódromo, la música ha revelado su poder divino, la afirmación de su independencia. Y ¿no es ella la hada soberana, siempre y en todas partes dueña, arreglándolo todo á su deseo y reclutando según el caso, sus servidores, entre títeres, sombras chinescas y músicos de circo? Si alguien dudaba todavía, es hora de que se convenza. Y ¿qué se ha necesitado para eso? Tres temas felizmente desarrollados, una frase de oboe deliciosamente melancólica, unas notas de arpa que parecen caídas del cielo; el conjunto admirable de las sonoridades características de la orquesta del Hipódromo, que el señor Widor ha sabido dulcificar y reforzar con su gran tino artístico. Olvidaba decirte que el papel de Juana estaba desempeñado admirablemente por la señorita Littini.

* * *

Dominaban en el teatro los trajes blancos. El crespón de China blanco hace furor, lo mismo que el crespón de China de variados tintes claros. Este éxito del crespón sobrepuja todas las previsiones y comprende también á los tejidos imitación de crespón, de colores claros sobre todo. Se usa el crespón inglés amarillo sobre un color claro, y también sobre seda negra empleada como transparente.

Los vestidos de gasa *luisiana*, *surah*, muselina, *organdi*, son adornados en el borde inferior con un encarrujado muy tupido. Al rededor del cuello, se usa el mismo encarrujado, y para los vestidos demasiado livianos, lo que sienta muy bien es un cordoncito de *myosotis*.

Bonito traje de señora joven: es hecho de crespón de China blanco, sobre un transparente de seda de color de oro. En el borde inferior, un vuelo que tiene diez centímetros de ancho, de gasa de seda tableada. Sobre el vuelo, una guirnalda de bordado que corre al rededor de aberturas practicadas en el crespón de China y llenadas con tul blanco de gruesas mallas. El corpiño, escotado, recogido, lleva la misma guirnalda, y las mangas también. El cuello y la cintura, que termina en punta, son hechos con galón de oro. La cintura oculta la unión de la pollera y del corpiño y cae por delante en dos largas tablas franjeadas.

Los galones de oro, finos, tejidos, llamados aquí *chefs d'or* son empleados en

todos los trajes, aún en los más sencillos. En este último caso, se pone un galón encima del dobléz, en el cuello, en los puños, en la cintura que concluye en punta, ó bien es flotante. Eso produce un efecto muy bonito, sobre todo con los tejidos crespos. Cuando el traje es de una señora no muy joven, ó bien cuando se aspira á cierta riqueza de aspecto, se aplica el proverbio que dice: "Si quieres llevar galón, ponlo en mucha proporción".

Sobre todos los matices de los tejidos de seda se prodiga el galón de oro; se adorna el medio del cuello, que cierra al lado, las puntas de la cintura (cuando el traje tiene cintura) y el contorno superior de las mangas, con un bordado que represente un medallón ó una hebilla. Ese bordado se ejecuta con piedrecitas de color, cuentas ó mostacillas, que les dan el aspecto de una joya oriental.

¿Sabes lo que tal vez va á volver? Esa moda de llevar cintas flotantes detrás del cuello. Lo cierto es que muchas elegantes excéntricas han dado ya el primer paso. Sin embargo, mi opinión es que no hay apuro ninguno en seguir su ejemplo.

El traje de viaje es siempre uniforme; noto en su hechura cambios insignificantes. La pollera, llana; chaqueta, llana; todo llano, hasta el color. Sin embargo, he visto los trajes de dos señoras, de reconocido buen gusto, que salen mañana para los Pirineos. Son hechos con tejidos ásperos, mezclados, el uno, de paño escocés de colores neutros; el otro, de paño de grandes rayas. La pollera es abierta en el lado izquierdo sobre el género escocés ó rayado; una está unida á él por medio de una imitación de botones y ojales; la otra, por medio de chapas del mismo tejido. El corpiño, de paño escocés ó rayado, cortado al sesgo, se cierra debajo del brazo. Las mangas, del mismo género que la pollera. En cuanto al abrigo de viaje, el más cómodo para ponerse y quitarse es siempre el *carrick* y todas sus congéneres.

Mucho se emplea el cuadro grande y negro, cortado al sesgo, para formar inmensos *plaid*s ó pañolones, que es preciso saber llevar con gracia; de otro modo, más vale no usarlos.

En los grandes almacenes del *Printemps*, he visto un género muy bonito para traje de viaje; es un pañito llano con un borde escocés ó con un ribete llano de distinto matiz.

Zimmerman expone trajes de viaje para hombres, de muy bonita apariencia. Terno compuesto del vestón, chaleco, pantalón derecho y ancho de cheviot inglés, con dibujos escoceses de tintes suaves; hay otros de grandes cuadros color plomo ó yerba. Con esos trajes se usa un sombrero suelto gris ó cáscara, ó si no una gorra de paño. Zapatos de cuero natural con calcetines de color.

Muy confortable es la camisa de franela con cuello y puños de tela de color. Gorra jersey para el *wagon*. Guantes de cuero de perro.

Ya que hablamos de modas masculinas, seguiré dándote descripciones de varios trajes.

Terno para playa: vestón, chaleco; pantalón de forma sencilla y ancha, de *thibet* blanco ó de paño afranelado, claro, listado; zapatos de los que llaman *baños de mar*. Gorra blanca ó sombrero de paja de dos ó tres colores. Camisa de franela clara. Corbata *La Vallière*, de granadina.

Traje de mañana para la ciudad: Terno de cheviot azul, gris ó negro; hechura sencilla y cerrada; el vestón ligeramente entallado, con dos hileras de botones para los jóvenes; el vestón de recho, de una hilera de botones, es siempre conveniente. Camisa con cuello parado, pechera llana, corbata plastrón ó si no *La Vallière* de surah. Zapatos *Richelieu*, de cuero; botines de cuero y satén, ó, según la edad, medias botas militares. Guantes Derby, bordados con seda. Sombrero de seda para los jóvenes. Bastón de nuevo modelo, de

junco con puño redondo de oro, plata, ó metal ordinario.

Traje de la tarde, de paseo: el llamado *smoking*, muy cómodo, bastante abierto, de paño de grano, negro, con grandes vueltas, aun cuando se use el chaleco claro. Pantalón de tejido rayado y satinado.

Más elegante: el *New-Market*, con chaquet suelto, bolsillos en las caderas, que se hace de tela diagonal fina, de color plomo en todos sus matices.

La última moda quiere que todo el traje sea de un mismo color y del mismo género. Para un caballero de más edad, levita clara y pantalón oscuro. Todavía más seria es la levita larga de tela diagonal azul oscuro, ó negro. Pantalón media tinta.

Con los trajes negros ú oscuros, es muy de moda llevar el sombrero de copa plomo; con los trajes claros, no se lleva más que el sombrero de seda negro. Corbata *regate* de seda, muy clara, hecha de crespón de China, bordado en dos matices. Se ve también la corbata de nudo cosido, con elástico, que se ata por detrás. Camisa de cuello parado. El cuello de ángulos quebrados es más propio de la juventud. Zapatos *Richelieu* de marroquí, ó botines de cabritilla con pequeña punta de charol.

Estos trajes pueden servir para visitas íntimas; pero en otro caso, el traje de visita impone la levita negra ó azul oscuro con pantalón media tinta.

Otra moda nueva: cuando hace mucho calor, los hombres llevan ternos hechos completamente de alpaca plomo, que se sustituye al paño.

Para bailes, grandes tertulias y recepciones, los sastres famosos de París exigen absolutamente á sus parroquianos elegantes, que lleven el frac de paño colorado con botones de oro, chaleco blanco de piqué con los mismos botones, pantalón negro corto, medias de seda negras y zapatones Luis XV.

Hasta luego, amiga mía.
Siempre tuya.

AMBROSINA C.

CARTAS JAPONESAS

CARTA TERCERA

Bendígate la Providencia divina, querido marqués.

Mucho me ha apenado la nueva, traída por tu última carta, de la enfermedad de Tchen ké (1). Confío en que tus solícitos cuidados y la sabiduría de nuestros médicos, habrán de vencer al gigante destructor, y devolver á mi muy amada hermana la salud comprometida.

Si tu comunicación me hubiese llegado dos días antes, me habría abstenido, por respeto á la desventura de familia que en ella me participas, de ocurrir á un sarao de inusitadas proporciones, con que tuvo á bien honrarme el señor Postemilla, don Agapito, de quien te incluyo retrato.

El gentilhombre de mi referencia es un acaudalado comerciante, y uno de los miembros más conspicuos de la aristocracia del dinero, en este país.

Te advierto que la invitación del señor Postemilla fué de lo más espontáneo, si se piensa que yo no lo conocía ni de nombre. Parece que en Chile se practica la hospitalidad en esa forma. Llega á sus playas un extranjero, y todas las puertas se abren á su paso. Es una virtud muy respetable. Por lo demás, he notado que se cultiva aquí una gran veneración hacia todo lo que viene de afuera, veneración comparable únicamente al menosprecio con que se contempla todo lo que es nacional. No poco asombro he de causarte cuando te diga que tal familia, orgullosa de su opulencia y esclarecida prosapia, aceptará como pretendiente á cualquier inglés, italiano ó alemán, de esos que en su patria fueron artesanos humildes, y

(1) Es la cuñada, ó *hi-lik* del conde.

rechazará con olímpico enojo al honrado hijo del país, que ha sabido conquistarse un nombre en las ciencias, las artes y las letras. Tú me responderás que eso es absurdo; no lo niego; me limito á observar que ello es así.

A este orden de ideas podría dar mucho mayor desarrollo, cosa que haré en otra ocasión, si no tuviera especial empeño en describirte la fiesta con que me obsequió don Agapito.

Posee este caballero, en una calle denominada «de la Compañía», un edificio cuyo frontis aplasta despiadadamente las dos casuchas de mala muerte que lo flanquean. Ensartado entre esas dos miserables construcciones, el palacio Postemilla se presenta majestuoso y severo. Los grandes salones de recibimiento tienen ventanas á la calle, guarnecidas con tupidas cortinas de brocato amarillo, forradas de felpa verde; son dos estancias espaciosas. Pero en noches de baile, se habilitan también las demás habitaciones de la casa; los dormitorios inclusive. El señor Postemilla es hombre de cierto gusto; posee una variada colección de chismes japoneses: jarrones, abanicos, muebles de laca, sándalo y marfil, biombo de seda bordada con nuestras aves simbólicas. Todo pura falsificación, se entiende. Me mostró un cojín, dibujado, según decía, por el célebre Houkusay, y que le había importado la friolera de dos mil seiscientos pesos. Se me hizo escrúpulo de conciencia desengañarlo de tan grata y dispendiosa ilusión. Figúrate tú, caro marqués: una ilusión de dos mil seiscientos pesos. Concreté mi respuesta sobre el particular, á felicitarlo por tan importante adquisición, observándole, al propio tiempo, que la había obtenido poco menos que de balde.

El palacio Postemilla está soberbiamente amueblado, con muebles del mejor corte parisiense, ejecutados en Berlín. Congratulé cálidamente al anfitrión por todas las bellezas que en su morada había sabido acumular, y harto me valió mi complacencia, porque don Agapito me colmó de atenciones y agasajos.

Te estoy hablando como si hubiese estado solo en esa casa: en realidad, había allí más de quinientas personas. Confesóme francamente el señor Postemilla que no eran amigos, ó siquiera convidados suyos, arriba de la mitad de esas gentes.

—Los amigos de nuestros amigos, son amigos nuestros, me respondió don Agapito, cuando le hice notar lo que para mí tenía de raro esa circunstancia.

—Hay en esa muchedumbre, prosiguió, una infinidad de parientes de mi esposa, que no vienen á casa sino en las grandes ocasiones. En oportunidades como ésta, señor Tchí, el ideal de un dueño de casa es tener concurrencia. Usted comprenderá que, salvo contadas excepciones, las personas aquí presentes son para nosotros simples números.

La confianza que me denotaba el excelente caballero, me autorizó para dirigirle algunas preguntas acerca de sus invitados, de aquellos que no eran simples entidades numéricas.

—¿Quién es ese señor, le dije, que habla al oído de esa mujer joven, rozagante y bonita, con rosas negras en los cabellos?

—Es un opulento industrial y negociante, que ha explotado con éxito igual la agricultura, la minería, el comercio y los valores de bolsa. Tres quiebras afortunadas de medio millón cada una, le han creado un prestigio que muchos de sus colegas le envidian. Su fortuna se ha acrecentado en la misma proporción, y hoy es hombre que no se deja cortar un pelo por menos de dos millones.

—¿Curioso, muy curioso! repliqué. En mi país, el Japón, hay contra las quiebras penalidades graves.

—Aquí también, amigo mío ¡Oh! somos estrictos é implacables para con esos pobres diablos cuya falta de habilidad y talento no es suplida por los favores de la suerte. El infeliz á quien se le

ocurre, en mala hora, suspender sus pagos por la miseria de dos ó tres mil pesos, corre, en cien probabilidades contra una, el riesgo de ser metido en la cárcel. Pero, ¡vaya usted á tomar preso y á intentar un juicio al que tiene medio millón de buenas razones para defenderse!

—Sin embargo, la opinión sensata debería poner remedio á tamaña enormidad.

—Vamos, querido conde, usted ignora el *A B C* del oficio del vivir. La existencia es una batalla campal en que triunfan los más hábiles, y los impotentes sucumben. La bala que hirió de muerte á aquel aprendiz de luchador, encumbró á aquel otro, atleta audaz, hasta los cuernos de la luna. La humanidad paga tributo á los vencedores y desprecia á los vencidos.

—La humanidad es una triste cosa, señor Postemilla.

—Ríase usted, señor conde; la humanidad no es tan mala como la pintan. ¡Figúrese usted cuál sería mi existencia si fuera á prestar oídos á cuanto de mí se murmura! El que más favor me dispensa, es decir, el que menos beneficios me debe, le afirmaré á usted sin pudor que yo gané mis cuatro reales, prestando al veinte por ciento. Y cada vez que la casualidad me echa á ese digno amigo entre las piernas, le alargo cariñosamente la mano, repleta de billetes de banco.

—Es usted un verdadero filósofo, don Agapito. ¿Y aquel señor flaco y melencólico que habla con ademanes violentos?

—¡Ah! ese es nuestro poeta.
—¡Un literato! Entonces el palacio de usted es un verdadero templo de las musas. ¿Lo festejarán mucho al eminente vate?

Debí de decir, querido hermano, alguna enorme barbaridad, por cuanto don Agapito me miró fijamente, y después soltó la risa, exclamando:

—Admiro su candidez, señor conde. ¿No sabe usted que los hombres de letras son en este país el escarnio de todo el mundo, los parásitos de los salones, el ripio de la sociedad? ¡Feliz aquél de entre ellos que consigue hacerse tolerar siquiera!

—Pero el talento, á mi entender, debe ser respetado en todas partes.

—Aquí no respetamos más que tres cosas, señor Tchí.

—¿Cuáles?
—El dinero...
—¿Y después?
—El dinero.
—¿Y por último?
—El dinero.
—Es usted muy escéptico.
—Diga práctico.

—Como usted quiera. ¿Y ese caballero calvo y barrigón, que arenga á varios jóvenes elegantes, junto á aquel sofá?

—Es un alto funcionario público, inspector general de las oficinas de computación de la fuerza de la corriente de nuestros ríos navegables.

—¡Caramba con el título! Las tarjetas de ese señor deben de ser como carteles.

—No se usa en nuestra tierra adornar las tarjetas personales con la designación del cargo ú oficio.

—En el Japón sí, porque es un honor ser empleado del Imperio. Y ese inspector general de las oficinas... lo demás se me escapa, ¿qué tareas desempeña?

—Ninguna.
—Es un puesto honorífico.
—Dinerífico, más propiamente hablando.

—¿Cómo dice usted?
—Dinerífico.

—¡Ah! comprendo, es un cargo que el Estado vende.

—Nó, señor; es un cargo que importa á los contribuyentes una regular sangría.

—¿Curioso, muy curioso! ¡Ya se ve, hay entre país y país tan notables diferencias! Dígame, señor Postemilla, ¿quién es ese personaje grave que se pasea solo y con acompasada lentitud, en el salón contiguo?

—Es un representante del pueblo.

—¡Ah! sí, el síndico de los pobres.

—Nada, señor Tchí; es un diputado.

—Y ¿qué hacen los diputados?

—Hablan, discuten, preparan y votan las leyes.

—El Tesoro les servirá una gran renta, sin duda.

—Sí, trescientos sesenta y cinco días al año, y la correspondiente ración de sol, de viento y de lluvia.

—¿Cómo! ¿Un oficio de tanta labor y responsabilidad es gratuito?

—Es peor, es oneroso.

—¡Singular país, que paga la ociosidad y grava el trabajo!

—Y á pesar de todo, señor conde, vivimos muy contentos y tranquilos, sin inquietudes ni pesadillas. Cada día que amanece trae á cada ciudadano su contingente de trabajo y de alegría, de descanso y de alimento; no tenemos más aspiraciones que comer bien y dormir bien, después de haber trabajado lo menos posible. Somos, innegablemente, un pueblo feliz.

—Es el clima, don Agapito. Si tuvieran ustedes todas las calamidades que azotan al Viejo Mundo, serían la nación más desdichada de la tierra.

—La verdad es que no hacemos gran cosa para merecer tantos bienes.

—Esa es la verdad.

* * *

Ahora advierto, querido marqués, la descomunal extensión que ha ido tomando mi carta. Te prometí una descripción de un sarao, y sólo te he servido un diálogo socialista. No me pesa, amado Tchí, el haber dado ese sesgo á mis pensamientos. Para mí el mérito de una correspondencia íntima debe buscarse en la naturalidad y nó en la ordenación ó en la lógica del raciocinio.

¿No es una charla la que sostenemos? Y en una charla, ¿víanse, acaso, distribuyendo las ideas con el método estricto y frío de una demostración geométrica?

Déjame, marqués, que te hable en ciencia, cuando me aguijonee la ciencia; en política, cuando la política me llame, y en lengua vulgar y corriente, cuando me toque diseñar las costumbres y las flaquezas humanas, que todos las tenemos, y más vale señalar los vicios del prójimo, que explotarlos en propio provecho.

Cuando me digas que te ha procurado mi carta un breve instante de diversión y de solaz, me estimaré tan dichoso como cuando me aplaudas por mis trabajos serios; que de todo ha de haber en la vida, gravedad y ligereza, elogio y murmuración, así como hay cumbres y profundidades en la áspera corteza de la tierra.

Sin adiós, hasta el próximo correo.

CONDE TCHÍ

JORGE GORDON

(LORD BYRON)

Cuando Walter Scott se retiraba del dominio de la poesía para ir á cultivar los más vastos campos de la narración novelesca, el genio de Byron entraba por camino opuesto á llenar el vacío que, entre los grandes poetas de su época, dejara su ilustre rival.

Con él hizo su aparición en las letras un estilo poético más nuevo, más acabado, más intenso y nervioso, amañado, si se quiere, pero enteramente distinto del de Scott.

Byron sobresalía en la pintura de las pasiones fuertes y lúgubres de la naturaleza humana, en contraste con la dulzura y suavidad de la índole femenina.

Scott, embebido en el desarrollo de su argumento y en la máquina cabalresca de sus narraciones góticas, presenta rara vez su persona á los ojos del lector. Byron se deleitaba en pintarse á sí mismo. Su filosofía de la vida era falsa y perjudicial; pero el esplendor del artífice ocultaba la deformidad de

la obra. La infinita nobleza de algunas partes bastaba á cautivar la admiración sin que fuera necesario analizar el todo.

Conducía á sus lectores al través de escenas de incomparable esplendor y belleza; por mágicos arroyos y montes encantados, ricos en gloria y recuerdos del valor y de la poesía de otros tiempos; pero siempre estaba á su lado la oscura sombra del escepticismo, la misma burla implacable de las esperanzas y las ambiciones de los hombres.

La fuerza sentenciosa, la elevación de sus ideas y de su lenguaje, su inimitable elocuencia en la expresión del sentimiento, la melodía solemne y fúnebre de sus rasgos tiernos y patéticos, parecían, sin embargo, atenuar, si no borrar del todo, su casi absoluta falta de verdad moral y de realismo.

El hombre y el poeta estaban en él tan íntimamente unidos, y el espectáculo que ambos ofrecían era tan conmovedor y misterioso, que Byron atraía y encadenaba el interés público en un grado que jamás autor alguno consiguió alcanzar.

Scott había creado el gusto por la poesía en acción; Byron se aprovechó de esta circunstancia para adueñarse de todas las conquistas del género. Durante varios años se creyó que el mundo no encerraba sino un solo gran poeta.

La caballería de Scott, la filosofía de Wordsworth, la teoría abstracta de Southey y hasta las linduras líricas de Moore y de Campbell, fueron eclipsadas por esta nueva luz más poderosa y brillante.

La categoría social de Byron, su juventud, sus desventuras, su destierro, el misterio que se complacía en echar sobre su vida y sus sentimientos, la aparente intensidad de sus desgracias y afectos, su misantropía misma y su escepticismo, redimidos á intervalos por súbitos arranques, de ternura y de piedad, constituían un conjunto de circunstancias personales, propicias al triunfo de su verso apasionado y gracioso, de las que no presenta otro ejemplo la literatura moderna.

Semejante resultado es todavía más grandioso que los laureles dispensados á Virgilio y Petrarca, si se contempla la distancia que media entre las costumbres antiguas y las de hoy, y se compara la índole de las naciones boreales con la del ardiente mediodía.

La poesía de Byron producirá siempre sus efectos sobre los espíritus tiernos y sentimentales. Su obra es un jardín inculco que contiene flores de sin igual perfume. El arte del poeta servirá de estudio; su *genio* será inagotable fuente de deleites para aquellos que aman la lucha de las pasiones y los maravillosos efectos de la imaginación del gusto.

EDGARDO BURKE

BIBLIOGRAFÍA

«DICCIONARIO BIOGRÁFICO MILITAR DE CHILE»

Ha llegado á nuestra mesa de redacción el prospecto, elegantemente impreso en los talleres de la Imprenta Cervantes, de esta monumental obra que escriben al presente los señores Mauricio Venegas, capitán de nuestro ejército, y Alberto Poblete Garín, escritor ameno, que después de diez años de labores en la prensa diaria se ha retirado definitivamente á su bufete de abogado.

Unimos nuestros humildes aplausos á los que la prensa ha prodigado unánimemente á esta importante obra; y aunque la tarea que se han impuesto sus autores es difícil, esperamos que no desmayarán en su empeño, y la llevarán á término con felicidad.

Según el prospecto que tenemos á la vista, la obra contendrá la biografía, retrato y hoja de servicios de todos los jefes del Ejército y Armada en actual servicio y de los que, no estándolo al presente, sirvieron durante la última